

CAPITULO XVI.

ENTRA EN ESCENA UN GALLO DE PELEA CON BUEN
ESPOLON Y BUENA CRESTA.

GONCHA salió de misa.

Las puertas del templo dieron paso á una multitud compacta que se extendía como la mancha del aceite, como una oleada, é invadía la calle de árboles del átrio.

Estos árboles cubrían á muchos pájaros. Reclinados en un tronco á manera de tábanos, estaban dos solterones de á cincuenta abriles, asiduos concurrentes á aquel lugar todos los domingos de diez á una: mas allá estaban cuatro pollos, despues algunos colegiales ataviados con prendas de Godard y de Salin; algunos empleados de

la nueva época acreditando en su compostura la exactitud de la quincena; algunos cronicones apoderados de una banca y rodeados de jóvenes que estaban aprendiendo á vivir en ese *carnet* de ciertas charlas que realmente son un libro abierto, pero cuyas páginas no son de lo mas edificantes.

De este grupo, que era de los mas numerosos, se desprendió bruscamente un general, hombre de mas de cuarenta años, con la barba gris y con cierto aspecto de aseo, de elegancia y aun de refinamiento. Este general era el coronel protector de Pedrito.

Con una rapidez eléctrica se difundió una sonrisa maliciosa en todo el grupo, todos volvieron la cara para ver alejarse al general.

Concha acababa de pasar.

Todo el grupo los siguió con la vista, y Concha y el general se perdieron por las calles de Plateros.

Concha habia notado que álguien la seguia, pero no volvía el rostro; varias veces se paró fingiendo contemplar esa multitud de curiosidades y objetos de lujo, que forman pequeños museos detras de un cristal en las calles de Plateros y San Francisco. A veces notaba Concha que los pasos que iban resonando detras de ella cesaban. Ya no le cabía duda, la seguian.

—Si vuelvo la cara, pensó Concha, esta accion deberá traducirla mi perseguidor de este modo: “ya sabe que la sigo” y esto cuando menos es entornar la puerta; fingiré que no le veo.



Entra en escena un GALLO DE PELEA.

La muger, como no tiene alas, está muy mal parada siempre que hay cazador en el cercado. Si la muger supiera volar ó por lo menos correr, podria decirse en amor que al mejor cazador se le vá la liebre. Pero la muger empieza por no saber que hacer cuando la persiguen.

Siempre cree acertar, y siempre yerra.

Siempre cree defenderse, y se entrega.

El general conoció que Concha disimulaba y dijo: ¡bueno! con la misma satisfaccion con que un cazador diria "no me ha visto la res."

Concha creyó que su disimulo era tan perfecto que nadie se apercibiria de que disimulaba, y creyó esto con tanta mas razon cuanto que *extrañó* los pasos.

Era que el cazador estaba sobre la pista; y habiendo dado un paso adelante procuraba quedarse atrás.

Por lo visto, el general era buen cazador.

Concha no volvió á sentir los pasos y se vió tentada de hacer una solemne contramarcha.

¿Qué deseaba en aquellos momentos Concha? ¿que la siguieran ó que la olvidaran?

Nosotros no lo sabemos, ni Concha tampoco.

He aquí la suerte de una muger pendiente de un cabello.

Concha se sintió halagada de que la siguieran, y la idea de serle indiferente á *aquel*, quien quiera que fuese, ofendia su vanidad de muger, y de muger engalanada.

Cuando la muger acaba de trazar en el tocador el renglon de la compostura, lo coloca como los impresores,

entre dos manecillas: de aquí nace que la mayor ofensa que podeis hacer á una muger compuesta es no verla.

Concha, como hemos dicho, se habia engalanado, habia comenzado por calzarse unos pequeños botines de raso negro, adornados con cuentas y encajes, se habia ataviado competentemente, no la faltaban ni el lujoso libro de misa ni el magnífico pañuelo, ni el velo, esa indecision encantadora y provocativa, esa interposicion seductora que se llama velo, y detrás del cual la muger os asecha y os hostiliza con ventaja y premeditacion.

Las mallas del punto negro, os ofrecen la hermosura como el follaje de las florestas os presenta el horizonte tornasolado de la tarde.

Vuestra ilusion entonces, aunque no seais pintor, completa las líneas que el velo deslía en un vapor formado de hilos negros.

Cuando Concha echó de menos los pasos pensó en todo esto: le parecia que sus botines estaban irreprochables porque en "El botin de los novios" saben calzar admirablemente: juzgaba ademas que aquel saco de terciopelo negro lo habia confeccionado Celina, y pensaba, en fin, que el mas exigente de los génios del gusto y de la moda la encontraria vestida con toda la elegancia y coquetaría apetecibles.

Concha cambió de repente de opinion, como si la velta de su sexo hubiera recibido el aletazo de un viento contrario, y dijo para sí:

—¡Qué sé yo que pobre diablo será el de los pasos!

vale mas no volver la cara, porque seria desgarrador encontrarme con un palurdo ó con un viejo: por otra parte, pensó entrando en una nueva serie de ideas de distinto género, ya no debo amar á nadie, Arturo ha muerto, Pio Blanco.....

Al llegar aquí Concha se ruborizó.

—Pio Blanco está preso, mi hermano tambien y seria yo una loca si pensase..... Decididamente voy á ser una muger juiciosa y Dios me ayudará.

Y como si todo esto fuera lo que Concha sentia mas vivamente, creyó tomada su última resolucion y anduvo mas de prisa.

Al cabo de un rato sintió los pasos y despues la voz de una persona que casi al pasar junto á Concha dijo:

—Adios, general.

—¿Será general? pensó Concha con la velocidad del rayo.

Un soldado inválido se acababa de parar, cuadrándose al frente y dirijiendo la vista en direccion del perseguidor de Concha.

—Sí es, pensó esta, y experimentó cierto ofuscamiento, sus ideas se confundieron, y en aquellos momentos no predominó en su ánimo resolucion ni pensamiento alguno. El principio de toda caida es ese desvanecimiento siniestro.

Todos los malos pasos son precedidos de un sopor que parece ser el aliento de la fatalidad.

Concha entró en su casa como si acabara de sucederle

algo, y en realidad no tenia mas enemigos que su pensamiento y el ruido de unos pasos.

En la senda de lo indeterminado y de lo porvenir, la muger lleva sobre el hombre la ventaja de los presentimientos.

Concha entró en su lindo dormitorio: ya estaba aseado, habia desaparecido ese desórden del campo de batalla, los cofres habian vuelto á cerrarse, los botes de pomada habian vuelto á guardar bajo el tapon su volátil esencia, no sin haber impregnado la atmósfera del retrete, comunicándole no sabemos qué de sensual y de comfortable.

Concha antes de arrojar el velo dirigió una mirada al espejo. Así la habia visto el general, con velo; en seguida lo arrojó y se dejó caer en un magnífico confidente de brocatel azul, y así permaneció un largo rato.

El pensamiento de Concha pasaba por una de esas oscuridades indefinibles, que son una parálisis.

Ni ella misma sabia en que pensaba.

Se podia decir, propiamente, que estaba desprevenida.

El cuerpo de la criada se dibujó en la puerta.

—Buscan á usted, dijo.

Concha se estremeció, tuvo miedo, tembló y no supo que contestar.

Habia algo en la fisonomía de Concha, que la criada tradujo por una sonrisa, y desapareció.

Un momento despues, el general estaba delante de Concha.

Concha iba á pararse, pero se le doblaron las piernas.

El general saludó con suma gracia.

Concha estaba sintiendo esa impotencia parecida á la de ciertos sueños, ese embargamiento irresistible del susto, que detiene la secrecion de la saliva y que impide toda accion.

El general se sentó junto á Concha.

—Perdone usted, señorita, mi atrevimiento; pero estoy locamente enamorado de usted.

—Pero, caballero, dijo Concha con extrañeza.

—Conozco que debe usted culparme; pero lo hecho no tiene remedio.

Conozco que la posicion de usted es muy delicada, y que despues de los acontecimientos desgraciados de que todos nos lamentamos, quedaba usted expuesta á ser la burla de algun mal caballero.

Yo vengo á ofrecer á usted no solo mi corazon, sino el aseguramiento de su porvenir. Tiene usted un hermano, de cuya suerte me he encargado ya.

Hay un resorte noble y poderoso en el corazon de la muger que la hace superior á toda seducccion.

Concha sintió que se rebelaba algo en su interior, como la dignidad suprema; y la pobre hija de Doña Lola y Don Jacobo, la polla humilde se revistió de altivez de la dama, y colocada en ese pedestal á que tien derecho todas las mugeres que defienden su pudor, lanzó una mirada de sublime orgullo al general.

El general bajó los ojos porque tambien en el corazon del hombre hay, en todas las circunstancias de la vi-

da, un resorte sensible que cede ante el derecho y ante la justicia.

El gran señor, el opulento, el novelesco general, se habia sentido humillado ante aquella mugercilla débil.

Hubo un momento de silencio.

El general procuraba rehacerse.

Concha estaba conociendo que habia obrado bien.

Concha tenia su causa á su favor, y se sentia con fuerzas para luchar.

El general hizo lo que todos los calaveras, abandonó el terreno legal para armarse de osadía y cinismo.

—Confío, prorumpió al fin, en que los escrúpulos desaparecerán en breve.

—¡Los escrúpulos! repitió desdeñosamente Concha.

—Estoy dispuesto á todo.

—En ese caso.....

Y Concha dirigió una mirada á la puerta.

—Menos á marcharme, se apresuró á decir el general.

—¡Ah! dijo Concha con profunda ironía.

—Sea usted razonable y hablemos como buenos amigos: la amo á usted.

—¿Desde cuándo?

—Hace un siglo.

—No soy tan vieja.

—El amor no envejece.

—¿Y los militares? preguntó Concha fijando sus ojos expresivos en los cabellos del general.

—Son siempre jóvenes.

—Pero no siempre ganan.

—Peleando.....

—Aquí pierde usted, señor general.

—¿Qué?

—El tiempo.

—¡Quién sabe!

—Es usted presumido.

—El amor es tenaz.

—Como los viejos.

—Vamos, hermosa Concha, veo que he logrado volver á usted su jovialidad.

—¿Porque me rio?

—Sí.

—Es que no debo tomar por lo sério ninguna burla.

—Yo no me burlo.

—Se divierte usted, caballero, y como no me ha bastado indicar á usted que debia marcharse, me veo precisada á tolerar su visita.

—Yo procuraré que llegue á serle á usted agradable.

—Es difícil.

—Poniendo todos los medios así lo espero: por ejemplo, si le repito que es usted una muger encantadora, cuyos ojos.....

Concha miró al general.

Se habia movido en Concha otro resorte.

El amor propio de la muger está siempre entre ella y su virtud.

El general vió desfilas sus avanzadas.

Acercó su silla.

Concha recojió la orla de su vestido negro.

—Conchita, dijo el general como si rectificara sus posiciones: me encantan los desdenes de usted.

Concha miró al general.

—Y sus ojos, añadió este.

Concha los cerró.

El general acercó mas su silla, y como Concha no lo vió porque tenia los ojos cerrados, no recojió la orla de su vestido negro.

—Aseguro á usted, Conchita, que vamos á pasar una tarde muy divertida.

Concha intentó levantarse.

—Es inútil, dijo el general.

—¿Inútil? preguntó Concha con extrañeza.

—Me he permitido proporcionar á la criada de usted la inocente diversion del teatro: se dá el Jorobado, y la pobre muchacha vá á estar muy contenta. El Jorobado es muy bonito.

—¿Sí?

—Es de Juan Mateos.

—Ya lo sé.

Hubo una pausa.

—Quiere decir, caballero, dijo Concha de repente, que usted ha tomado posesion de mi casa sin mi consentimiento, y ya dispone usted hasta de mis criados.

—Pido á usted mil perdones.

—¿Y me deja usted sin una persona que me sirva la mesa?

—Aquí estoy yo.

—Muchas gracias.

—Soy hombre prevenido.

—¿Pero qué es lo que oigo!

—Que me he permitido el placer de que comamos juntos.

—¿Pero caballero!

—Pido de nuevo perdon; pero ya está aquí la comida.

—¡Hola! dijo en seguida en voz alta, y como en una escena de comedia aparecieron dos criados del Hotel de Iturbide con una gran charola y trastes.

—Aquí, dijo el general acercando á Concha la mesa redonda.

—Pero.....

Los criados saludaron ceremoniosamente y comenzaron á colocar los platos y los cubiertos.

Concha estuvo á punto de violentarse; pero conoció que era dar un escándalo inútilmente, se sintió humillada y le pareció que aquel hombre llevaba su audacia á un término increíble: bajó los ojos, los ocultó entre su pañuelo y se puso á llorar.

Los criados, despues de haber colocado el primer servicio, se retiraron.

—Es muy triste que se ponga usted á llorar en los momentos de tomar la sopa, dijo el general. Es necesario

que tenga usted mas calma y que se preste usted á entrar en amena conversacion.

Concha mordía su pañuelo, conteniéndose para no estallar.

—Caballero, dijo al fin levantándose, me veo precisada á decir á usted que está abusando cobardemente de mi aislamiento y de mi posicion; pero por desvalida que parezca, todavía me considero con la entereza suficiente para echar á usted en cara su proceder y para suplicarle que se retire.

—Van á notar los criados lo que aquí pasa.

—Lo deseo así.

—¡Qué dirán!

—Me ampararán si los llamo.

—Es difícil, están gratificados.

—Para servir, pero no para ser infames.

—Conchita, es inútil toda resistencia.

En último resultado, despues de comer ó somos dos buenos amigos, ó me despediré de usted para siempre.

—Es que ni por un momento consentiré en que esta escena se prolongue.

—Celebro que haya usted tomado esa resolucion, porque el cambio me será favorable.

—Ya basta, dijo Concha golpeando el suelo con su pequeño pié. Ordeno á usted que salga.

—Tengo el sentimiento de desobedecer á usted.

—¿Pretende usted acaso conquistar mi aprecio por medio de una conducta tan extraña y tan inconveniente?

—Precisamente.

—Hasta ahora no se ha hecho usted acreedor mas que á.....

—¿A qué?

—¡A mi ódio!

—Ya es un paso. Si usted se estuviera riendo, me veria tentado de plegar mis banderas; pero empieza usted por odiarme y el ódio es una de las puertas del cariño.

—No he de amar á usted nunca.

—Usted se engaña.

—Detesto á los hombres fátuos.

—Pero la fatuidad es un defecto que desaparece en la primera transaccion, y sobre todo, Conchita, todo lo que estoy haciendo es incoherente, descabellado, torpe, si se quiere, pero usted tiene la culpa.

—¡Yo!

—Usted me ha enloquecido con sus ojos, y por la primera vez en mi vida siento en mí los efectos de una verdadera pasion. Si yo perdiera la esperanza de ser amado por usted, me suicidaría.

—¡Qué horror! dijo Concha en tono de profundo sarcasmo.

—Búrlese usted de mí, pero no hará mas con esto que exacerbar mis sentimientos; desprécieme usted pero no conseguirá mas que poner á prueba mi constancia, porque lo que pasa aquí no es una burla, no es un entretenimiento, es una resolucion irrevocable, porque nace de

mi profunda convicción y de mi amor, de un amor que he sentido desde que la ví á usted por la vez primera.

—¿Dónde? preguntó Concha sin reflexionar en lo que hacia.

—En el teatro, contestó el general reanimado con la pregunta de Concha; aquella tarde iba usted vestida de azul, estaba usted encantadora, y desde entónces no he podido olvidarla, la he seguido á usted por todas partes, he rondado al pié de su balcon y me habia conformado con ver á usted de lejos y con amarla en secreto; pero cuando he sabido la desgracia de usted y he contemplado su situacion, me he decidido á dar este paso, á arrostrar hasta con su cólera, pero para poderla decir que no está usted sola en el mundo, que hay un hombre que vela por usted y que la protegerá y la cuidará en todo tiempo; y si mis palabras en nada logran conmover su corazon, me conformaré con ser su protector, su padre, su escudo, aunque usted no llegue á amarme nunca: no osaré por otra parte colocarme en otra posicion ni recibir de su cariño ó de su desprecio mas que lo que la voluntad de usted me otorgue libremente. Si algun dia llega usted á tener piedad de mí, lucirá ese dia para mí como la auro-ra de mi felicidad, y si jamas llego á tocar esa dicha me resignaré con mi suerte, pero tendré el consuelo de amar á usted como nadie la ha amado en el mundo.

En seguida reinó en la habitacion un silencio solemne.

Concha estaba leyendo en un gran libro, dejando atrás la historia de Arturo como un prólogo inédito.

El general habia sabido dar á su voz esa entonacion conmovedora de la pasion, y no en vano la oratoria cuenta mas triunfos que la verdad y la justicia.

Los actores de la comedia humana se disputan, como los pájaros, la supremacía en las inflexiones de la voz.

La elocuencia de los sonidos está elevada al rango de arte divino.

¿Qué mucho que los cómicos sociales enumeren los triunfos de sus cadencias, de sus entonaciones y de su *juego de garganta*?

Concha estaba abismada, y toda la perniciosa influencia de la vanidad y el orgullo la orillaban á una caida segura.

—Despues de una larga pausa Concha exclamó:

—¡Estoy sola en el mundo!

—No, Concha, no está usted sola desde el momento en que ha sabido inspirarme una pasion que no acabará sino con mis dias.

Los criados de la fonda se presentaron de nuevo trayendo la comida.

Concha al levantar la cara encontró la mirada suplicante del general.

Uno de los criados destapó la sopera.

El general, viendo que Concha no se sentaba, hizo una seña á los criados para que se retirasen.

Cuando estuvieron solos el general continuó:

—Ruego á usted de nuevo, Concha, que acepte usted

este asiento, me someto á sus fallos, estoy pronto á obedecer. ¿Nos sentamos?

Concha se dejó caer en la silla.

—¡Gracias! dijo el general con una efusion de ternura increíble.

Los criados se acercaron para hacer platos.

Concha finja comer.

El general habia abierto una brecha: el gallo habia luchado como valiente.

CAPITULO XVII.

LOS POLLOS FRITOS.

AS primeras diligencias judiciales acerca de Pio Blanco, habian dado ya lugar á que por la secuela de la causa se viniera á resolver la importante cuestion de la pena.

Al llegar las cosas á este punto, los pollos alegres se tornaron en asustadizos: porque un *rum rum* fatídico habia resonado como el graznido del gavilan sobre la cabeza de los pollos.

Este *rum rum* era esto: la última pena.

Pio Blanco empezó á verlo todo negro delante de sus ojos.